

mente de arrancar de nuestro corazón las malezas y las malas hierbas? ¿No tenemos la torre del Vaticano, la vigilancia de los Obispos, el celo de los sacerdotes y el templo de nuestro sacrificio? ¿No tenemos el altar santo, *lagar divino* donde día y noche reside en nuestros tabernáculos el Dios Eucarístico, Señor de la viña y dueño soberano de nuestros corazones? ¿No están á nuestra disposición los demás sacramentos, con los cuales se nos comunican á torrentes las gracias celestiales? ¿Qué más pudo hacer el Señor por nosotros que no haya hecho? *Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci ei?* (Isaiae, cap. IV.)

Sin embargo, ¡oh dolor! somos muchas veces aún peores que el pueblo judío, porque hemos recibido mayores gracias de Dios, y abusamos ingratamente de ellas. Abusamos de nuestro cuerpo, de nuestra alma y de todos nuestros bienes exteriores. Abusamos de nuestros ojos, de nuestros oídos, de nuestra lengua, de nuestras manos y de nuestros pies. Abusamos de nuestra salud, de nuestra vida, de nuestras fuerzas y de nuestros años. Abusamos de nuestra alma y de sus bellísimas facultades, de la imaginación, de la memoria, del entendimiento y de la voluntad. Abusamos de nuestro corazón, de nuestros afectos, de nuestros deseos. Abusamos de las riquezas, de los honores y de los placeres. Abusamos de las criaturas, del alimento, de la bebida, de los vestidos, del tiempo... ¡Oh! ¡De todo abusamos, pues hasta hacemos mal uso de la bondad, de la misericordia y de la paciencia de Dios!

¿Qué hará, pues, el Señor de la viña, al vernos tan rebeldes, tan ingratos y tan malversadores de sus portentosos é inefables dones?—El mismo Isaías lo dijo á continuación. Oid sus propias palabras, que son espantables y terroríficas: «*Ahora—dice—quitaré el seto á la viña, y quedará para ser robada; derribaré su cerca y quedará para ser hoyada; y haré que quede desierta, y no será podada, ni cavada, y nacerán en ella zarzas y espinas; y mandaré á las nubes que no lluevan sobre ella.*»—(Isai., V, 6.)

Es decir, carísimos hermanos, que Dios al ver nuestra ingratitude, permitirá que nuestra pobre alma quede como viña baldía, que pueden hollar las bestias y las fieras, por hallarse sin el valladar de los Mandamientos divinos, sin la poda de la mortificación, sin la lluvia de las gracias celestiales y llena de las zarzas y espinas de los vicios; ó lo que es lo mismo, llena de todo género de abominaciones. En una palabra; Dios nos dejará en manos de nuestro propio consejo, y, como leemos en el sagrado libro de la Sabiduría, «*aguzará su inexorable ira como lanza, y peleará con El*

*todo el universo contra los insensatos*» que hemos abusado de sus gracias (1).

Por tanto, cristianos, concluyo esta instrucción exhortándoos con las mismas palabras de la Epístola, á saber: «*Cada cual sirva á los demás según la gracia que haya recibido, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios. Si alguno habla, que sean sus palabras como si Dios hablara por su boca. Si alguno desempeña algún ministerio, que sea conforme á la virtud que Dios da, para que en todas las cosas sea Dios glorificado por Jesucristo, á quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.*»

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el día de Pentecostés.

#### Sobre la venida del Espíritu Santo.

**E**RMANOS míos amadísimos: La Iglesia nuestra Madre conmemora hoy una de sus festividades más solemnes, para recordarnos la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, según la promesa hecha por nuestro Señor Jesucristo. La Epístola de la Misa refiere el hecho histórico de la siguiente manera:

«*Habiendo llegado el día de Pentecostés, hallábanse todos (los Apóstoles) reunidos y unánimes en un mismo lugar, y de repente se oyó un ruido como de viento impetuoso, que venía del cielo y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y vieron aparecer á manera de lenguas de fuego, las cuales se dividieron y se colocaron sobre cada uno de ellos. Y entonces fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, según como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residían entonces en Jerusalén judíos varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo, y tan luego como se extendió la fama del suceso, acudió mucha gente y*

(1) Pugnavit cum illo orbis terrarum contra insensatos. (Sap., V, 21.)

quedó pasmada, porque oía que los Apóstoles hablaban á cada uno en su propia lengua.» (Act. Apost. II, 1 á 6.)

Tal es, amados míos, el acontecimiento asombroso que hoy debemos considerar, y para que, al par que instructivo, sea también afectuoso para vuestro corazón, intento mostraros ahora:

- 1.º Las causas y fines de la venida del Espíritu Santo.
- 2.º Por qué vino en lenguas de fuego precedido del viento.

#### PUNTO 1.º

##### CAUSAS Y FINES DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Ante todo conviene saber que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, procediendo del Padre y del Hijo. «Tres son, dijo San Juan, los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa (1).» El Padre es Dios, el Verbo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, pero no son tres dioses sino uno solo y tres personas distintas. Esto dice claramente que en el cielo dan testimonio de que Jesucristo es Hijo de Dios, el Padre cuando declara en el bautismo y en la transfiguración de Jesús, que es su Hijo muy amado. (Matt., III, 17 y XVII, 5.) El Verbo, cuando ya unido á la naturaleza humana, y viviendo en el mundo, mostró con sus milagros y respondiendo á Caifás, que El era realmente el Hijo de Dios. (Joann., VIII, 18, y XVI, 14.) El Espíritu Santo, cuando descendió sobre los Apóstoles, por modo tan asombroso, comunicándoles sus dones y sus gracias para hacer que se creyese en Jesucristo como Hijo de Dios verdadero. Por consiguiente, la Epístola de este día es una verdadera demostración de la divinidad de Jesucristo. Sin embargo, el Espíritu Santo es una persona distinta del Padre y del Hijo, y de ambos procede.

¿Cómo se verifica este portentoso? Los teólogos lo explican de esta manera: «El Padre, contemplándose á sí mismo, comprende su esencia infinita, como si dijéramos una imagen perfecta y substancial de sí propio, y esta imagen es su Verbo, es su Hijo engendrado eternamente. El Hijo consubstancial al Padre, y eterno como El,

(1) Tres sunt, qui testimonium dant in coelo, Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt. (I Joann., V, 7.)

se llama Verbo de Dios; y Padre é Hijo, amándose infinitamente, hacen que de ellos proceda el Espíritu Santo como de un solo principio, y siendo su Amor substancial, infinito, eterno y Dios como ellos. Este es el Espíritu consolador que Jesús prometió enviar á sus Apóstoles, y que le envió realmente, como declara la Epístola de la presente festividad.

Mas, dejándonos de tan sublimes teologías, descendamos á las causas por las cuales fué enviado á nosotros el Espíritu Santo. El piadoso varon y Padre Luis de la Puente indica tres á cuál más apremiantes: primera, *la caridad y la bondad infinitas de Dios*; segunda, *los méritos de Cristo*; tercera, *nuestra propia necesidad*.

Con efecto; el amor infinito de Dios hacia el hombre, que le movió á darle su Hijo unigénito, ese mismo amor le impulsó á enviarnos el Espíritu Santo. A la manera que un amigo, deseando manifestar á otro más copiosamente su amor, después de haberle dado todas sus cosas, desea darle también el corazón; así también Dios nuestro Señor, después de habernos dado á su Hijo, quiso, además, darnos su corazón amoroso, ó sea el Espíritu Santo.

A esta causa poderosísima se añaden los méritos infinitos de Cristo nuestro bien, pues aunque nosotros no lo merecíamos, El, no obstante, nos mereció esta inefable gracia, con su muerte y pasión, y después sentado á la diestra de Dios Padre como abogado nuestro, le pidió el divino Consolador y le obtuvo, para que tuviera cumplimiento su promesa, cuando dijo á sus discípulos: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros» (1).

Finalmente, la tercera causa es nuestra necesidad y miseria, porque éstas, en verdad, exigían que fuera enviado del cielo el Consolador dulcísimo, y de este modo tuviera cumplimiento aquello de David: «La Misericordia y la Verdad se encontraron, la justicia y la paz se dieron ósculo de amor.»—*Justitia et pax osculatae sunt*. (La Puente, parte IV, medit. 21.)

De esta manera, amados míos, se expresa el citado Padre, añadiendo que todo ello fué por altísimos y sapientísimos fines de la amorosa providencia del Señor. A saber: para que reemplazara á Cristo Jesús en los divinos oficios de Protector, Abogado y Consolador, y permaneciera con nosotros eternamente; para que continuara cerca de nosotros prodigándonos su celestial magisterio, se-

(1) Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum. (Joann., XIV, 16.)

gún nos indicó nuestro Señor Jesucristo, por aquellas palabras: «Cuando viniere el Espíritu Santo consolador, que os enviará mi Padre, El os enseñará todas las cosas»; para que El nos dé á todos un testimonio interno de la divinidad de Cristo nuestro Señor; y también para reprender y corregir los vicios de este mundo, en conformidad con aquellas otras palabras de nuestro dulcísimo Redentor: *Cuando viniere el Espíritu Santo, argüirá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio.* (Joann., XVI, 8.)

Es decir, que el Espíritu Santo vino al mundo y descendió sobre los Apóstoles, para que éstos, con su predicación y milagros, convencieran al mundo *de pecado*; esto es, de que los hombres, en vez de creer en Jesucristo, le crucificaron ignominiosamente y persiguieron á sus discípulos. Y también para que convencieran á las gentes *de la justicia*, ó sea de la inocencia del Hijo de Dios, á quien los judíos entregaron á la muerte, y que después en verdad resucitó y subió al cielo, donde está sentado á la diestra de Dios Padre. E igualmente, para que dichos Apóstoles convencieran á todos los hombres del juicio y sentencia pronunciada contra el demonio, cuando se vea su reino destruido por la predicación del Evangelio (1).

Ved aquí, carísimos hermanos, brevemente delineadas las *causas y fines* de la venida del Espíritu Santo, que hoy nos recuerda la Iglesia en la Epístola que venimos considerando. Ahora detengámonos un momento en el hecho de venir precedido de viento impetuoso y en forma de lenguas de fuego.

## PUNTO 2.º

### DE CÓMO VINO EL ESPÍRITU SANTO

*De repente*—dice nuestra Epístola—*vino un estruendo del cielo como de viento impetuoso y llenó toda la casa en donde los Apóstoles estaban sentados* (Verso 2).—*Tanquam Spiritus vehementis.*—dice el texto latino.—¿Por qué tal estruendo? ¿Por qué tal viento? ¿Por qué tal Espíritu? Oigamos á los Santos Padres que nos dan sobre este punto instrucciones bellísimas.

El estruendo que de repente vino del cielo, dicen, es para indicar que así como el estruendo es producido por el choque ó con-

(1) Véase el P. Seño en su nota á las palabras dichas de S. Juan.

curso de dos cuerpos, así también el Espíritu Santo procede de la mutua unión ó concurso de dos amores, es decir, del amor infinito del Padre y del Hijo.

Y dice que el Espíritu Santo vino á manera de *viento impetuoso*, para significarnos por este simil las grandes analogías que existen entre el viento y el Espíritu Santo.

El viento, dicen, aunque veloz é invisible, se deja sentir por modo indudable y nadie sabe su origen; y esto es cabalmente lo que acontece con el Espíritu Santo. El es un ser activo, veloz en su movimiento, invisible en su esencia, que se deja sentir por sus efectos admirables en la inteligencia y en los corazones de los hombres, pero que ninguno sabe de dónde viene ni á dónde camina; que es lo que significó el Apóstol San Juan por aquellas palabras: *El Espíritu donde quiere sopla y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni á dónde va* (1).

Que es como si dijera: «El Espíritu Santo se comunica por modo misterioso á quien y como le place, y aunque no se sepa por qué camino entra en un corazón, esto no obstante, da á conocer su augusta presencia por la mudanza visible y maravillosa de aquel en quien habita.

El viento vehemente en sus propiedades aseméjase también al Espíritu Consolador, porque es velocísimo y supera todos los obstáculos que se oponen á su paso, ya derribando torres, ya rompiendo las peñas, ya arrancando los árboles. El Espíritu Santo no admite dilaciones, no reconoce distancias, no se deja vencer por nada, antes bien, El lo vence todo y obra maravillas, como lo muestra la Epístola de este día, donde leemos que los Apóstoles quedaron transformados y aptos para vencer á toda la gentilidad, y á los príncipes de los judíos, y á los sabios de la tierra, y á todas las potestades infernales.

El viento, además, produce en lo material efectos parecidos á los del Espíritu Santo en el orden espiritual; pues así como el aire purifica la atmósfera, disipa las nubes, atempera el calor del estío, fertiliza los campos, impulsa á las naves y hace que giren las ruedas de los molinos; así también, por modo superior, el Espíritu Santo purifica las almas de los pecadores, disipa las nieblas de las conciencias, mitiga el excesivo calor de las concupiscencias, hace fructuosas las inteligencias de los hombres, impulsa á las naveci-

(1) Spiritus ubi vult spirat, et vocem ejus audis; sed nescis unde veniat, aut quo vadat. (Joann., III, 8.)

llas de nuestras almas por las vías de la perfección, y hace que se muevan ligeras las ruedas que trituran el alimento espiritual; esto es, instruye y anima é impulsa á los predicadores de la divina palabra para que la prodiguen á los fieles digna y fructuosamente. Y como los Apóstoles que se hallaban en el Cenáculo se habían de ejercitar en este divino oficio, por eso dice el sagrado texto que «un viento impetuoso vino del cielo y llenó toda la casa en donde estaban sentados».—*Et replevit totam domum ubi erant sedentes.* (Verso 2.)

Pero viniendo ya al versículo tercero de nuestra Epístola, leemos lo siguiente: *Y vieron aparecer unas lenguas como de fuego, las cuales se dividieron y colocaron sobre cada uno de ellos;* esto es, sobre los Apóstoles. ¿Qué significan dichas lenguas de fuego?

Significan primeramente *el fin* porque descendió á los hombres el Espíritu Santo. Descendió en forma de *lenguas* para que todos ellos se hicieran lenguas en alabanzas y loor sempiterno de Cristo Nuestro Señor á quien debían dar á conocer con su predicación constante; y lenguas, no comoquiera, sino lenguas *de fuego*, para que salieran de sus labios llamas de encendida caridad que abrasaran los corazones de los oyentes en amor de Dios y del prójimo.

Lenguas de fuego, porque este elemento representa de un modo admirable las principales propiedades del Espíritu Santo. El fuego ilumina, ahuyenta las tinieblas, purifica los objetos, se los asimila, los transforma en sí mismo, sube hacia lo alto... y esto cabalmente hace el Espíritu Santo en las almas de los hombres. El, por modo inefable y misterioso, ilumina las inteligencias, ahuyenta las tinieblas del pecado y de las pasiones, purifica las conciencias, calienta, enardece y abrasa los corazones con el fuego del amor sagrado, se los asimila y transforma, los une íntimamente á sí mismo y levanta sus pensamientos y deseos á las mansiones eternas de los cielos.

Ved aquí, cristianos míos, por qué el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, para que llenos de fervor, de celo, de caridad, de luz y de fortaleza sobrehumana, emprendieran con denuedo la obra portentosa de evangelizar al mundo, no con sabiduría terrena, sino con la celestial, *hablando varias lenguas, según el Espíritu Santo les daba para que hablasen.*—*Prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis.* (Verso 4.)

Es más: descendió el Espíritu Santo en lenguas de fuego, porque éste en sus cualidades propias representa con mucha exactitud los siete principales dones del divino Consolador.

El fuego destruye y reduce á polvo todo cuanto se opone á su

acción devoradora, y esto realiza en los espíritus soberbios el *don de temor de Dios.*

El fuego derrite el hielo y liquida las piedras y los metales más duros, y el Espíritu Santo por el *don de piedad* calienta los corazones helados, los enfervoriza y los ablanda hasta el punto de hacer rodar por las mejillas lágrimas de penitencia.

El fuego endurece y consolida las vasijas de barro, y purifica el oro de toda la escoria, y por modo semejante el Espíritu Santo consolida los vasos de elección, y los robustece para soportar con regocijo las tribulaciones, con *el don de fortaleza.*

El fuego da luz y calor, y penetra y se eleva, y esto cabalmente es lo que obra el Espíritu Santo en las almas de los fieles por los dones de *sabiduría, entendimiento, consejo y ciencia.*

Ved aquí, en resumen, las principales significaciones de haber descendido el Espíritu Santo en lenguas de fuego, y al aposentarse éstas sobre cada uno de los Apóstoles, fué como decirnos: El Espíritu Santo vino á traer al mundo el fuego del amor divino y no desea otra cosa sino que arda, y al efecto, dió á los Apóstoles el don de lenguas y fuego sagrado para que, al predicar el Evangelio á los hombres, abrasaran hasta los corazones más helados y rompieran los ánimos más empedernidos. No es, pues, de maravillar, que extendida la fama del suceso, *acudieran las gentes, como dice nuestra Epístola, y quedarán asombradas al oír cada cual en su propia lengua lo que hablaban los Apóstoles.* (Verso 5.)

Tal es, amados míos, la gran festividad que hoy celebra nuestra Madre la Iglesia, para que todos entendamos, y admiremos y agradezcamos los maravillosos prodigios que el Señor obró en el momento mismo de su institución solemne. Ya hemos considerado las *causas y fines* de la venida del Espíritu Santo y por qué vino en *lenguas de fuego* con preferencia á toda otra forma.

Pidámosle al divino Huésped, que ilumine con sus luces nuestro entendimiento y que encienda y abraze con su fuego nuestros corazones, para que movida con santos afectos nuestra voluntad, seamos llenos de sus inefables dones, y gracias y frutos, y corramos por los caminos de la perfección y santidad, hasta que otro día tengamos la dicha de ser consumados en gloria, por los siglos de los siglos. Amén.